

28
de diciembre de 1990

EL FACTOR HUMANO

Martín Fierro y la sabiduría

LA filosofía trasciende los grandes textos clásicos. Está más acá y más allá de la meditación de los pensadores y sus obras. Es materia cotidiana; destila del obrar y el conocer del hombre; desde el fondo de los siglos se ha incorporado a la cosmovisión de las culturas y de sus eminentes o modestos representantes. En consecuencia, no constituye el privilegio de clase social o casta mental alguna.

Releyendo el Martín Fierro, cuyo valor de antídoto encomio a quienes corren detrás del último libro de Kundera o de cualquier otra primicia nacida aquende el Océano de anchas aguas y empeñosos colonialismos, ayer mercantiles y hoy ideológicos, encontré un pensamiento que nos introduce en el territorio de la sabiduría. Se trata de un concepto digno de Platón o de Kant, tan poco leídos como intensamente citados, o comparable al vuelo ético de los toltecatl mexicanos y a la cosmología de los amautas peruanos. Estos sabios indígenas, similarse a los presocráticos, son menospreciados por los profesores latinoamericanos, cuyo malinchismo los orienta hacia la filosofía europea y a sus escasas novedades y abundantes novelorías contemporáneas, dado el estado de congelamiento que le ha impuesto el invierno espiritual del posmodernismo.

Los aludidos versos expresan: "Hay hombres que de su cencia/ tienen la cabeza llena/ hay sabios de todas menas/más digo sin ser muy ducho:/es mejor que aprender mucho/ el aprender cosas buenas." Martín Fierro distingue el saber cuantitativo de la sabiduría cualitativa. El sabedor es el que tiene la cabeza llena de definiciones, de taxonomías, de conocimientos abstractos o instrumentales. El sabedor acumula, estiba, guarda los fragmentos de su conciencia de la realidad en las bodegas de la memoria. El sabio olvida el detalle porque califica y desecha. Es decir, escoge. Y no cualquier cosa sino la quintaesencia moral que destila la vida misma, con todas sus tristezas y sus júbilos. Por eso el sabio es sosegado y seguro. Se siente en paz consigo mismo, con el universo y los hombres. Ha cruzado el río a pie enjuto, sin que le dolieran prendas: ha alcanzado así una orilla donde no existen la ambición por las dignidades perecederas ni el desafortado forcejeo por el status y el poder. La sabiduría, comprensión y compasión a la vez, representa la madurez, a veces melancólica, del entendimiento.

La UNESCO ha comprobado, según estadísticas, que los conocimientos científicos se duplican cada diez años. Esto no nos ha hecho más felices, ni más justicieros, ni más misericordiosos. En el mundo actual el discurso de la tecnología —y no el de la técnica, que al cabo es liberadora si se ejerce en un ambiente de libertad— esconde tras su cortina retórica la presencia desquiciante de la violencia, de la desigualdad, de la opresión de los Estados ricos sobre los pueblos menesterosos. Hay sabedores, sí, ya que el saber va junto con el tener, pero cada vez hay menos sabios, dueños del ser y del valer.

Actualmente la informática ha fabricado una nueva especie de sabihondos que invaden los medios de comunicación. Todos los días, con escalofrío, los escucho o los leo, mientras desinforman y malforman a la opinión pública nacional. Y no se trata solamente de humildes ganapanes, que paran la olla a fuerza de imitar al pobrecito hablador de Larra. Políticos advenedizos y recién llegados gobernantes, sabihondos ya que no sabedores, diseminan dislates, se desautorizan entre sí y suman contradicciones a sus

Daniel Vidart

desecientos